

AKEMI DAWN BOWMAN



Estrella de mar

FANDOM BOOKS

Título original: *Starfish*

1.ª edición: marzo de 2020

© Del texto: Akemi Dawn Bowman, 2017

© De la cubierta: Sarah Creech, 2017

© De la traducción: Paz Pruneda Gozávez, 2020

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S.A.), 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

ISBN: 978-84-18027-16-1

Depósito legal: M-452-2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

AKEMI DAWN BOWMAN

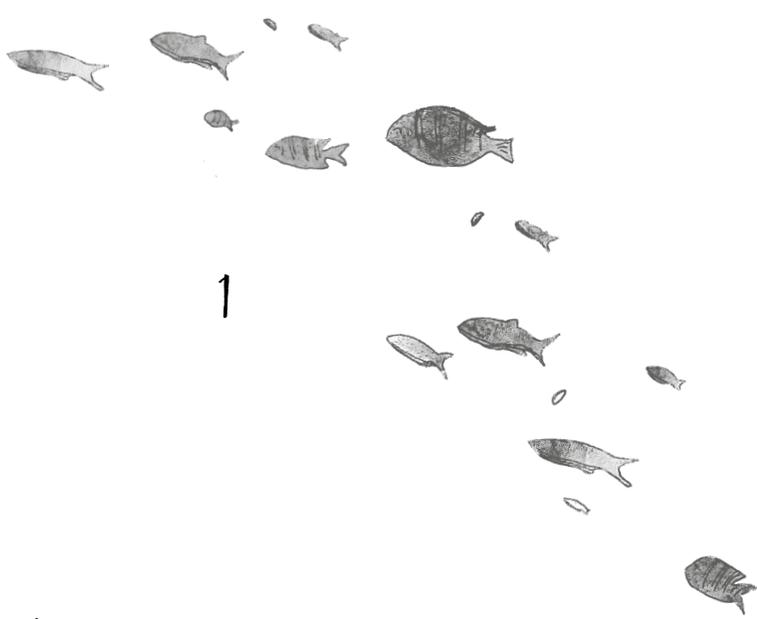


Estrella de mar

Traducción de Paz Pruneda Gozávez

FANDOM BOOKS

*Para Ross,
el primero siempre iba a ser para ti*



Mamá no viene.
No debería sorprenderme, ella nunca aparece. Pero no puedo deshacerme de esa sensación de vacío en el estómago revuelto. Emery siempre dice que estar a solas no es lo mismo que estar solo, pero algunas veces pienso que son exactamente la misma cosa.

Mi tetera con forma de sirena está expuesta en una balda justo frente a mí. Paseo el dedo por la cinta púrpura que cuelga de su pitorro. Cuando la creé en la clase de Cerámica dos meses atrás, su aspecto era vibrante y suave, pero ahora lo único que pienso al verla es en cómo la parte vidriada azul parece más gris que cerúlea, en cómo el torso es absurdamente largo y en la mala idea que fue inventar una tetera con forma de sirena.

No importa que la cinta diga «Mención de honor». Lo único que veo es «No es lo suficientemente buena para entrar en Prism». Todo lo que mi madre verá será «No es lo suficientemente buena».

Tal vez debería alegrarme porque ella no esté aquí.

Tiro de la cinta que envuelve el pitorro y la guardo en mi bolsa, sepultándola bajo un cementerio de lápices bastante

gastados, un cuaderno de dibujo y un paquete de chicles con sabor a canela.

Cuando oigo unas risas, levanto la vista y me encuentro a Susan Chang, la otra chica medio asiática del instituto, aferrada a una cinta azul y dorada como si temiera perderla. La mano de su madre descansa sobre su hombro, mientras su padre señala su pintura acrílica, una imagen de una casa en el lago con varios gansos con las patas hundidas en el agua. Es una obra delicada que atrae a las masas.

Y no como mi estúpida tetera de sirena.

Si ahora mismo pudiera dejar de compadecerme, me alegraría mucho por ella. Siempre he sentido una extraña conexión con Susan, pese a que no somos amigas y que las únicas cosas que tenemos en común son nuestra parte asiática y el amor por el arte. Supongo que siempre pensé que podíamos haber sido amigas, si alguna de nosotras se hubiera tomado la molestia de intentarlo.

No es que esté desesperada por tener amigos ni nada de eso. Quiero decir que tengo amigos. Tengo a Emery Webber, que me rescató de la vergüenza de comer sola en mi primer día de instituto. Y luego están Gemma y Cassidy, que técnicamente son amigas de Emery, pero todas nos sentamos en la misma mesa del comedor, así que creo que puedo incluirlas.

Y también tuve una vez un íntimo amigo. De esos que se ven en las películas o de los que aparecen en los libros. Vivíamos en un mundo diferente al de los demás; un mundo que siempre tenía sentido, incluso cuando todo lo que nos rodeaba no lo hacía.

Éramos como dos mitades de un copo de nieve, encajábamos.

Pero se mudó a otra parte y, desde entonces, he sido la mitad de un copo de nieve.

Lo cierto es que no se me da demasiado bien hablar con gente nueva. O, mejor dicho, no se me da bien hablar con la gente, punto.

En cualquier caso, no es un amigo lo que necesito. No ahora mismo, cuando prefiero pintar que tratar de encajar. Necesito una madre que no me mire como si yo fuese un mueble usado que no pegara con el resto de su casa. Necesito un nuevo comienzo. Necesito una vida real.

Necesito Prism.

Sin embargo, una cinta púrpura no va a proporcionarme la admisión a la Escuela de Arte Prism de Nueva York. Y, desde luego, no va a hacer que mi madre se sienta orgullosa.

Siento una opresión en el pecho y trato de pensar en qué voy a decirle cuando llegue a casa.

Mamá está sentada en el sofá, pintándose las uñas de un rojo brillante con una revista de cotilleo abierta sobre sus rodillas. No me está mirando y, desde luego, no está mirando la tetera que llevo en las manos.

—¿Qué tal las clases? —pregunta, a miles de kilómetros de distancia.

—Bien —contesto apretando la bolsa que cuelga de mi hombro. Tal vez haya olvidado mi exposición de arte, a pesar de que se lo recordé esta mañana. Y ayer. Y cada día desde hace tres semanas. Pero tal vez estaba ocupada y se le fue de la cabeza. O puede que le surgiera algo.

Se echa una nueva capa de laca roja, tono manzana caramelizada, sobre la uña del pie.

Siento cómo en el estómago se me forma un nudo tras otro.

Mi hermano mayor, Taro, entra en la cocina. Lleva puesta una camiseta gris y roja con el logo de la Universidad de

Nebraska impreso delante y unas gafas enormes, aunque los cristales carecen de graduación. Su mano izquierda sostiene un sándwich a medio comer de mantequilla de cacahuete y mermelada.

—Mamá, no hay nada de comer en esta casa. —Lo dice con tono áspero, porque no conoce otra forma de hablar.

Mamá aparta un rizo rubio de su rostro con el dorso de la mano, y sus ojos se entornan con diversión.

—Hay una tienda de ultramarinos a la vuelta de la esquina. Ya sabes cómo llegar.

Taro hace un ruido parecido al de una vaca malhumorada y, luego, sus ojos se posan en mí.

—¿Dónde has estado?

Mi madre aparta la vista. Siento como si lo hiciera a propósito.

—En mi exposición de arte —contesto lo suficientemente alto para que ella lo escuche. Aunque también podría mentir. Podría decirle que he ganado el primer premio o podría hacer que mi premio sonara mejor de lo que es. Tal vez así ella me prestara atención. Tal vez así me escucharía—. He ganado algo.

Taro mira a mi madre y luego a mí, antes de volver a ella. Su mirada es tan confusa como mis sentimientos.

—Eso está bien —murmura, masticando su sándwich y dirigiéndose hacia la nevera.

Pienso en mi cinta púrpura, sepultada al fondo de mi bolsa. Ella nunca la verá. Nunca me pedirá que se la enseñe. ¿Por qué no decirle que es azul y dorada?

Suspiro. No puedo mentirle, incluso si necesito desesperadamente obtener su atención. De todas formas, no serviría de nada. Mi madre no me mira de la misma forma en que los padres de Susan Chang miran a su hija. Lo hace como si yo

no le perteneciera. A veces me pregunto si se debe a que no me parezco a ella en nada. Yo tengo el cabello oscuro, mandíbula ancha y piernas achaparradas, mientras que mi madre posee una melena rubia de suaves rizos, barbilla fina y piernas de supermodelo. Simplemente somos diferentes, como si existiéramos en distintos espectros. Si yo viviera en un iceberg, mi madre lo haría dentro de un volcán. Así de distintas somos.

Pero la mayor parte del tiempo me mira como si no quisiese que le perteneciera.

Tal vez sea por lo que sucedió con papá. Creo que siempre me sentiré culpable por aquello, incluso aunque mamá hubiera debido escucharme.

¿Por qué razón, después de diecisiete años, sigo ansiando tan desesperadamente su aprobación? No tengo ni idea. Es estúpido, lo sé, pero no puedo evitarlo. Quienquiera que programase mi personalidad me hizo extremadamente servicial. Quienquiera que programara a mi madre..., bueno, aún no he sido capaz de desentrañar esa parte.

Y entonces, debido a que Taro no puede evitarlo, declara por encima del hombro:

—Mamá, ¿has visto la tetera de Kiko? —A veces no sé si piensa que la confrontación es divertida o si cree que me está ayudando a su propia y endemoniada manera.

No está ayudando. Mi madre detesta que la reclamen.

Ella alza la vista, y su dentadura blanqueada con bicarbonato lanza un destello.

—Y bien, ¿qué has ganado? —No se ha olvidado de mi exposición de arte, aunque tampoco piensa reconocer que no quería ir. Va a fingir que no es para tanto, aunque para mí fuera muy importante.

El rubor se extiende por mi cara.

—Solo una cinta —respondo.

Una grieta aparece en su sonrisa de cristal.

—Y eso qué significa, ¿es como un reconocimiento por haber participado? Sabes que no es un verdadero trofeo, ¿no? —Ni siquiera pide verlo; se ríe como si fuese una broma inocente, como si yo debiera entender la broma. Excepto porque mi madre no se ríe como una persona normal. Lo hace como si se burlara secretamente del mundo entero. O eso es lo que dice. Y así es como sé qué quiere decir todo lo que dice.

Aprieto los labios. Tal vez debería haber hecho caso al señor Miller y presentar una de mis pinturas al concurso de arte. Tal vez entonces habría ganado el primer premio en lugar de Susan Chang.

Trago saliva para deshacer el nudo de la garganta. Nunca podría presentar ninguno de mis cuadros en una competición escolar y que todo el mundo los viera. Me resultan demasiado preciados. De hecho, los considero fragmentos físicos de mi alma.

Taro cierra la puerta de la nevera y suelta un gruñido.

—En serio, ¿piensa alguien hacer algo para cenar? Estoy hambriento.

—Te vas a graduar en la universidad el año que viene; ¿por qué no haces tú la cena para variar? —replica mi madre, mientras enrosca el tapón de la laca de uñas de vuelta en el frasco—. Sería muy agradable que alguien cocinara para mí de vez en cuando.

LO QUE ME GUSTARÍA DECIR:

—He hecho la cena al menos dos veces a la semana durante el último año. ¿Cómo es posible que no te hayas dado cuenta?

LO QUE DE VERDAD DIGO:

—Cociné unos espaguetis hace unos días.

Ella se ríe.

—No considero que hervir un poco de pasta en una olla sea «cocinar». —Le hace un gesto a Taro como si le pidiera que le diera la razón.

Sin prestar ninguna atención a mi madre, a mí o a la tetera, que ya ha olvidado, Taro se mete el resto del sándwich en la boca, traga la miga de pan y contesta:

—Olvidadlo. No tengo hambre.

—¡Vosotros, chicos, sois tan vagos! —exclama mi madre poniendo los ojos en blanco. Yo siento irritarse los míos como si alguien les hubiese arrojado sal.

No importa que lleve sacando todo sobresalientes desde primero de la ESO, que tenga un trabajo casi a tiempo completo en la librería o el hecho de que haya estado reuniendo un porfolio con mis dibujos para poder entrar en Prism. Nunca hago lo suficiente para conseguir que mi madre esté feliz. Ella no parece advertir lo duro que lo intento, lo mucho que me importa o que tal vez necesite que me hagan caso de vez en cuando. Y no solo cuando le conviene a ella.

—Me voy arriba. Tengo que irme a trabajar en una hora —murmuro, la última parte casi para mis adentros.

—¿No quieres un trozo de bizcocho antes de irte? He comprado uno de limón, ¿no es ese tu favorito? —La voz de mi madre suena ahora incluso empalagosa.

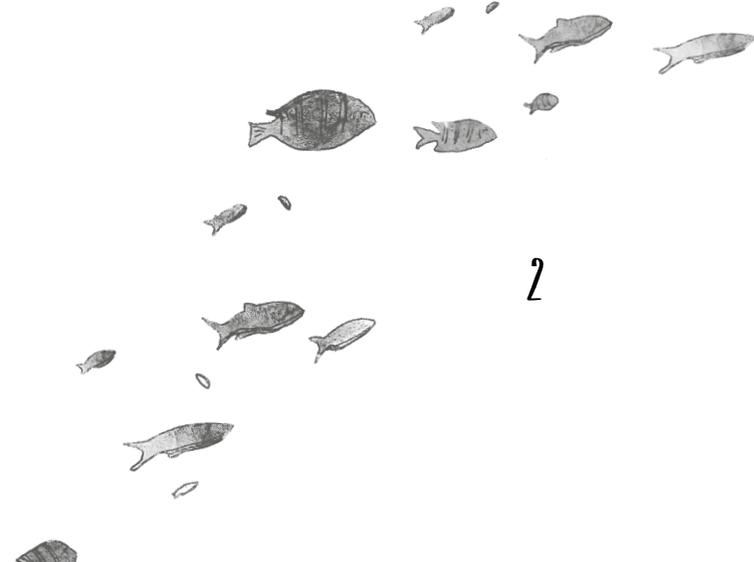
Parpadeo, haciendo una pausa antes de alcanzar el primer escalón. Algo tira de mí dentro del pecho, como si un gancho hubiese penetrado en mi corazón y las palabras de mi madre me atrajeran hacia ella.

—No tengo hambre. Pero gracias.

—Está bien. Entonces te guardaré un trozo para que puedas comértelo cuando vuelvas a casa. —Sonríe con naturalidad, como si fuera así todo el tiempo.

Pero no lo es y, a veces, hace muy difícil recordarlo.

Dibujo a una chica de pelo blanco, fundiéndose en un bosque de árboles blancos con estrellas estallando en el cielo sobre ella como cristales rotos. Si no sabes dónde buscarla, tal vez no seas capaz de verla.



La portada del anuario tiene una mitad de terciopelo y la otra de arpillera. Su tacto es suave y áspero bajo mis dedos. El interior está repleto de brillantes imágenes de actividades extraescolares, rostros sonrientes y eventos deportivos. Fotos de todas las personas que he conocido desde el jardín de infancia; tan distintas a mí que a menudo me siento como si fuera un lápiz en una caja de ceras.

Porque yo soy la que no encaja.

Encuentro la única fotografía mía (mi foto del último año), pese a que desearía que no estuviera ahí.

Pero incluso aunque tuviese la habilidad de borrarla, no lo haría, porque mi madre me mataría. Ella adora los anuarios escolares hasta tal punto que me resulta incomprendible. Lo que más le gusta hacer cuando los traigo a casa es contemplar uno por uno a cada estudiante del instituto y decidir quiénes son la chica y el chico más guapos. Luego, le encanta comprobar a quién han votado los alumnos como «más guapo» en las páginas de premios y ver si ha acertado.

A veces pienso que ella pertenece a esos años de instituto mucho más que yo.

Durante nuestra clase de cerámica, el señor Miller deja que los anuarios circulen de un lado a otro para que reunamos las firmas, porque es viernes y ya solo queda una semana para la graduación. Me siento demasiado incómoda como para pedir a todo el mundo que firme en el mío, así que paso las páginas de mi ejemplar, tratando de emular el pasatiempo favorito de mi madre. Y no porque me divierta, sino porque si logro adivinar a quién escogerá ella, podré dejar de imaginar que alguna vez pensará en elegirme a mí.

Aunque, en realidad, no necesito realizar ese juego. Sé de sobra que Lauren Finch y Henry Hawkins son los más guapos de nuestra clase. Y no creo que nadie en todo el colegio pudiera no estar de acuerdo.

En quinto de primaria creí estar enamorada de Henry. Más tarde, me di cuenta de que se trataba solamente de un efecto rebote porque Jamie Merrick se había mudado a California. Jamie y yo éramos íntimos amigos y, aunque nunca nos cogimos de la mano, creo que teníamos el acuerdo tácito de que algún día nos casaríamos.

Excepto que las relaciones a larga distancia están condenadas a fracasar, sobre todo cuando estás en primaria. Más allá de habernos juntado ocasionalmente para algún proyecto de la clase, Henry y yo habíamos tenido muy poca interacción. Sin embargo, él me caía bien porque era mono y echaba de menos a Jamie.

El Día de San Valentín, estando aún en primaria, los estudiantes debíamos entregar una tarjeta a todos nuestros compañeros de clase, para asegurar que nadie quedase excluido. Yo le entregué a Henry Hawkins una diferente a la del resto (era más grande que las otras), con un dibujo de uno de los personajes de su serie de dibujos animados favorita. Dentro había escrito: «Para Henry Hawkins, de Kiko Himura».

Al terminar las clases ese día, todo el mundo estaba hablando de mi estúpido dibujo y de cómo Henry iba a necesitar una orden de alejamiento antes de que empezase a asomarme por la ventana de su casa en mitad de la noche.

Fue muy embarazoso. Deseé poder fundirme con el suelo solo para que la gente dejase de mirarme.

Supongo que Henry también se sintió avergonzado, porque hizo que su amigo Anthony me llevara a un lado para decirme que Henry no estaba interesado en las chicas que tenían mi aspecto.

Recuerdo que en un primer momento no lo entendí. «Chicas que tenían mi aspecto». ¿Se refería a chicas con pelo oscuro? ¿Chicas que llevaban vaqueros en lugar de faldas? ¿Chicas que no tenían agujereadas las orejas? ¿O se refería a otra cosa?

Durante años, le vi cogerse de la mano con chicas que no se parecían en nada a mí. Y algunas de ellas tenían el pelo oscuro. Otras llevaban vaqueros. Y muchas no llevaban pendientes en las orejas.

Pero todas tenían algo en común: ninguna de ellas era asiática.

Ahora, cuando me enamoro de alguien, no me pregunto si le gusta la misma música que a mí, o si prefiere el mismo tipo de películas, o si nos llevaremos tan bien como lo hacíamos Jamie y yo. Me pregunto si le gustarán las chicas asiáticas.

Me quedo mirando las fotos de Henry y Lauren. Ambos aparecen posando como si estuvieran en un concurso de modelos de la televisión, y sobre sus cabezas puede leerse el rótulo: «LOS MÁS GUAPOS».

Lauren Finch es guapa. No solo porque tiene una bonita piel y viste la ropa adecuada, sino porque todo en ella es perfecto. Reúne un atractivo universal. Nariz pequeña, cejas cerca

de los ojos, y todo en ella es luminoso y brillante, como si alguien hubiese encendido los focos del filtro de su vida real.

Ella no tiene que preguntarse si gustará a los chicos debido a su raza. Nadie le dirá que «para ser una chica blanca es guapa». Ella es guapa y basta.

Yo no tengo esa suerte.

Porque nunca seré luminosa y brillante como Lauren. Tengo la piel pálida y el cabello oscuro y mis ojos son muy pequeños. Ella es todo color y caramelo; yo soy lápices y borrones.

Cierro el anuario cansada de desear ser otra persona y cansada de sentir que todo el mundo espera que sea otra persona.

—Sé que no pretendes guardarlo sin pedirme antes que lo firme —señala Emery dejándose caer en el taburete metálico a mi lado. Su mochila se desploma contra el suelo como si pesara toneladas.

—Pensé que te habías largado de clase después de comer, o algo por el estilo —comento con una sonrisa.

—¿Y arruinar cuatro años de perfecta asistencia? Nunca. —Emery arruga la nariz y da un golpe en la mesa—. Vamos, pásamelo.

Le doy el anuario mientras me río.

—Tal vez te cueste encontrar un espacio vacío.

Emery se coloca un mechón de pelo castaño detrás de la oreja.

—Kiko —dice frunciendo el ceño—. ¿No le has pedido a nadie que te lo firme?

Pongo los ojos en blanco indicando que es solo un estúpido anuario que no merece que me tome la molestia.

Pero eso no engaña a Emery, quien suspira como si yo fuera un cachorrito que se niega a aprender.

—Ahora puedes actuar como si no te importase, pero dentro de diez años, cuando vuelvas a mirarlo, lamentarás no haber hecho el esfuerzo.

A veces me pregunto si Emery se da cuenta de que ella es la única persona con la que hablo o si es que se relaciona con tanta gente que no se ha percatado.

—Está bien. —Encojo los hombros despectivamente—. Después de que firmes, le pediré al señor Miller que lo haga.

Emery resopla y garabatea apresuradamente algo con su pluma en la cubierta interior. Un pequeño tatuaje de una flecha destaca justo por debajo de su muñeca. Cuando termina, me devuelve el anuario.

—Gracias —contesto.

Ella tamborilea en la mesa de madera con sus dedos de uñas pintadas color amarillo taxi.

—¿Vas a ir esta noche a la fiesta de Lauren?

Mi cuerpo se queda petrificado.

—¿Lauren Finch?

—Sí, mira —añade Emery sacando una tarjeta naranja de su mochila y dejándola sobre mi anuario—. Han estado repartiéndolas entre los de último curso en secreto.

Bajo la vista a la tarjeta y leo el resto del texto.

Fiesta de pregraduación en casa de Lauren Finch
HOY a partir de las siete de la tarde
362 de Arlington Road

Nunca me han invitado a una fiesta. Y menos a una sin sacos de dormir y alguien vigilándonos. No sé por qué, pero me resulta intimidante.

—Ya sé lo que estás pensando —declara Emery interrumpiendo mis pensamientos—. Odias las fiestas, a la gente y la

música alta. Pero todo el mundo va estar allí. Ahora en serio, no puedes perderte la última y genuina fiesta de instituto de nuestras vidas.

—Yo no odio esas cosas —la corrijo. Quiero decir que no creo odiarlas, aunque nunca he tenido la oportunidad de descubrirlo.

Y entonces pienso en mi madre. Pienso en ella mirando mi anuario, recordándome, indirectamente, que yo nunca seré tan guapa como las otras chicas del instituto, lo guapa que era ella a mi edad y cómo nunca seré tan guapa como ella y, de pronto, deseo estar en cualquier parte que no sea en mi propia casa.

Vuelvo a leer la tarjeta. Es esta tarde. No tengo que trabajar.

Niego con la cabeza, desalentada.

—No puedo. Mi madre ni siquiera me deja usar maquillaje. ¿En qué universo alternativo le parecería bien que yo fuese a una fiesta?

—No puedes dejar que tu madre controle toda tu vida —replica Emery con una voz pretendidamente robótica que siempre me hace reír.

—Tal vez tú seas lo bastante valiente para fiestas, tatuajes y hacer todo lo que quieres, pero yo no —contesto.

El rostro de Emery se ilumina, y da una palmada.

—Eso me recuerda que me voy a hacer uno nuevo la semana que viene. ¿Quieres venir conmigo? Podemos quedar en el local de Francis. Ella es increíble. Sinceramente, si no me hubiese decidido ya por la Escuela de Medicina, elegiría sin duda ser una artista del tatuaje. Su tienda es increíble.

Recoge su mochila sacando la lengua, como si realmente pesara una tonelada, y busca algo en su cuaderno de dibujo. A diferencia del mío, que es totalmente negro por fuera, el de

Emery está cubierto de pegatinas, entradas de conciertos y papel celo. Cuando abre el cuaderno, veo cómo pasa las hojas con caricaturas de mujeres, todas vestidas como gánsteres futuristas y equipadas con algún tipo de arma. Se detiene ante la imagen en blanco y negro de una chica con coletas y una pompa gigante saliendo de sus labios. Sostiene dos pistolas: una tiene la palabra «AMOR» escrita en el cañón, y en la otra puede leerse la palabra «ODIO».

—Ese es increíble —exclamo, casi sin aliento. El amor por el arte de Emery es probablemente la razón por la que hemos sido amigas estos últimos cuatro años. Eso y nuestra experiencia compartida de tener padres que no dejan que invite-mos a amigas a casa—. ¿Dónde te lo vas a poner?

—En un costado. Creo que va a ser muy doloroso. ¿Serás mi apoyo emocional? —me ruega, sacando levemente el labio inferior.

—Claro, iré contigo.

Su voz se agudiza una octava.

—Tú también podrías hacerte uno, ya sabes.

—¿Quieres ver cómo mi madre me mata?

Emery se ríe.

—Está bien, pero al menos ven esta noche a la fiesta.

Y, dado que presiento que si le digo que no arruinaré su buen humor, contesto:

—Me lo pensaré.

Paso el dedo por el borde de la tarjeta naranja, mientras mi boca se tensa. No es propio de mí ser rebelde. Debería (según el material del curso de primero de Madres Dominantes, probablemente soy el ejemplo perfecto de persona con más posibilidades de rebelarse), pero odio la confrontación. Y también decepcionar a la gente o atraer la atención sobre mi persona.

Y, además, ¿qué pinto yo en una fiesta?

La gente me aterroriza. Probablemente me pasaría toda la noche deseando tener el superpoder de hacerme invisible. No sé cómo hacer para ser de otra manera. Divertirse con un montón de gente no es algo que me resulte fácil, especialmente si se trata de gente con la que no me siento cómoda.

Esa es la razón por la que necesito ir a Prism.

Quiero salir de aquí. Quiero empezar de nuevo, para poder descubrir quién soy realmente y dónde encajo en el mundo.

Algún día me gustaría sentirme lo suficientemente cómoda con la gente para poder decir las cosas que quiero decir. Me gustaría mirar a mi alrededor y no sentirme como si fuera una extraña. Me gustaría tener una vida con la que me sintiera a gusto.

Y necesito salir de aquí, para dejar de culpabilizarme por lo que sucedió entre mis padres. Para no sentirme como un oscuro borrón en la vida de otros.

Guardo la tarjeta entre las páginas de mi anuario y saco mi cuaderno de dibujo.

Dibujo a una chica con los brazos tendidos hacia las nubes, pero todas las nubes la rechazan porque ella está hecha de noche y no de día.



No puedes pasarte tu vida tratando de hacer feliz a una estrella de mar

Kiko siempre ha tenido dificultades para decir exactamente lo que piensa. Con una madre que le hace sentir insignificante y una herencia medio japonesa que no termina de entender ni aceptar, prefiere mantener la cabeza gacha, convencida de que una vez que ingrese en una escuela de arte y pueda marcharse de casa comenzará una nueva vida.

Sin embargo, no es admitida en la escuela que ella deseaba y, por si fuera poco, su tío, al que no puede ni ver, se traslada a vivir con ella y su familia. Cuando recibe una invitación de su amigo de la infancia para dejar su pequeña ciudad y darse una vuelta por las escuelas de arte de la costa oeste, Kiko se aferra de inmediato a la oportunidad, a pesar de todas las ansiedades y miedos que amenazan con retenerla.

«**Conmovedora**». Kirkus Reviews

«**Deslumbrante**». Bustle

«**Este libro es una joya**». BookRiot



FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es